

«De la piel para dentro empieza mi exclusiva jurisdicción. Elijo yo aquello que puede o no cruzar esa frontera. Soy un estado soberano, y las lindes de mi piel me resultan mucho más sagradas que los confines políticos de cualquier país».

ANÓNIMO CONTEMPORÁNEO.

Prólogo

Los trabajos que acabaron publicados como *Historia general de las drogas* incluían originalmente tres partes: los fenómenos mismos o drogas, los hechos relativos a ellas en diferentes tiempos y lugares, y las razones atribuibles a tales hechos. Inmerso ya en la tarea, vi que los hechos y las razones podían (o debían) ir a la par, con lo cual sólo quedaba en el tintero la parte «fenomenológica» —una descripción sustancia a sustancia— del esquema inicial.

Razones exclusivamente editoriales hicieron que esta última parte fuese publicada por separado (primero en tapa dura por Mondadori, luego por Anagrama en formato de bolsillo), y aprovecho la oportunidad que me brinda Espasa para presentar la obra entera. A diferencia de las páginas precedentes, que referencian cada dato, y en alguna ocasión querrían profundizar sobre conceptos generales —acerca de la cultura, la religión, o el orden político—, las páginas que siguen carecen de notas al pie, y están presididas por un afán de sencillez y practicidad, abiertas a cualquiera que pueda leer un periódico.

En efecto, su meta es proporcionar una especie de vademécum doméstico, que permita al interesado informarse con algún detalle

sobre posología, efectos y uso de los principales fármacos —lícitos e ilícitos— descubiertos por la humanidad, complementando así las peripecias históricas vinculadas a cada uno. El lector puede preguntarse por qué y cómo un profesor de sociología (ahora) y de metafísica y derecho (antes) se decide a abordar una materia en principio reservada a médicos, o a sujetos que mejor estarían sometidos a un tratamiento de desintoxicación. Pero el tema de la filosofía propiamente dicha, inmodificado desde los orígenes, es la relación entre ser y pensamiento —o entre realidad e intelecto—, misterio inagotable que cada época vuelve a plantearse con renovado entusiasmo. Hace más de un cuarto de siglo, cuando terminaba los estudios de licenciatura, alguien me consiguió unas píldoras de LSD 25 (sustancia legal entonces), que venían precedidas por la fama de abrir dimensiones no usadas del psiquismo. Probé —con una mezcla de miedo y viva curiosidad—, para comprobar que, efectivamente, planteaba un universo de cuestiones al entendimiento rutinario.

Me decidí entonces a tratar de *conocer* por ese medio, usando la modificación química de la conciencia como una ventana a lo interno y lo externo. En 1964, cuando tomaba tales decisiones, no había en España la menor alarma ante asuntos de «toxicomanía»; las boticas dispensaban libremente una amplia gama de drogas psicoactivas, pequeños círculos ofrecían las ya estigmatizadas, y no planteó problema experimentar con dosis altas, medias y pequeñas de varias entre las sustancias consideradas interesantes, así como con diversas combinaciones.

Hacia una década más tarde empezaba la era del sucedáneo, agravada al ritmo en que iba persiguiéndose y extendiéndose el consumo de drogas ilícitas. Con los sucedáneos cristalizaron también roles y mitos adecuados a cada droga, inéditos hasta entonces en gran parte de Europa, mientras la proporción de intoxicaciones mortales iba elevándose al cubo. Luego aparecerían los primeros sustitutos del quimismo prohibido, que se llamaron genéricamente drogas de

diseño (*designer drugs*), pues su punto de partida había sido imitar originales progresivamente caros y difíciles de conseguir.

Experimenté también con esos sucedáneos, siguiendo la pauta originalmente trazada (investigar las sustancias psicoactivas como fuente de conocimiento), que se extendió luego a medida que la experiencia iba rindiendo sus frutos. Para ser exactos, he continuado haciéndolo hasta el presente. Con el paso de las décadas, se me hizo manifiesto que la diferencia entre toxicómanos y toxicólogos, ignorantes maníacos y personas razonables, dependía de asumir la libertad y la belleza como desafíos *éticos*. Ignoro si esa actitud, o la confianza en la automedicación de ella resultante, explican que goce aún de buena salud. Llevo treinta años sin acudir a consulta alguna ni llamar al médico de cabecera, con el mismo peso, y sin trastornos que *exijan* usar drogas psicoactivas. Las que empleo —salvo el tabaco, un vicio adquirido en la adolescencia, cuando nadie lo llamaba droga— obedecen a un acuerdo de voluntad e intelecto, que unas veces pide fiesta, otras concentración laboral y otras reparador descanso.

HOYO DE MANZANARES, agosto de 1998.